

El recogimiento ayuda a huir del “anonomato” en el que viven muchas personas en su relación con Dios: “No podemos escondernos en el anonimato; la vida interior, si no es un encuentro personal con Dios, no existirá. La superficialidad no es cristiana” (ECP, 174). Como san Pablo dice de Jesús: “*dilexit me et tradidit semetipsum pro me*” (Ga 2, 20), así todo cristiano es un discípulo amado del Señor y llamado a corresponder a ese amor.

5. Vida interior y apostolado

En *Camino* se lee: “Es preciso que seas «hombre de Dios», hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. –Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida «para adentro»” (C, 961). Estas palabras recuerdan la presentación de la vida activa y del apostolado como “desbordamiento de la vida interior” (CHAUTARD, 1927, p. 248).

Esta doctrina tradicional es aplicada a todos los fieles: “Nunca seáis hombres o mujeres de acción larga y oración corta” (C, 937). Al mismo tiempo san Josemaría especifica los elementos centrales de la vida interior en su orden prioritario: “Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción” (C, 82); y en su conexión interna: “La acción nada vale sin la oración: la oración se avallora con el sacrificio” (C, 81).

Por otra parte, pensando en quienes tienen la responsabilidad de transformar el mundo desde dentro, el fundador del Opus Dei advierte frente a dos riesgos: “Se ha puesto de relieve, muchas veces, el peligro de las obras sin vida interior que las anime: pero se debería también subrayar el peligro de una vida interior –si es que puede existir– sin obras” (F, 734). Por eso escribe, señalando el fundamento cristológico de su afirmación, que “el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se *siente* el peso de las almas. No cabe disociar la vida in-

terior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo quiso encarnarse para salvar a los hombres, para hacerlos con Él una sola cosa” (ECP, 122).

Voces relacionadas: Contemplativos en medio del mundo; Oración; Presencia de Dios.

Bibliografía: AD, 142-153, 294-316; C, 279-300; 301-324; S, 648-695; GECH, pp. 453-470, 471-491; Antonio ARANDA, “*El bullir de la Sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000; Javier ECHEVARRÍA, *Itinerarios de vida cristiana*, Barcelona, Planeta, 2001; Cornelio FABRO, “La temprera di un padre della Chiesa”, en Cornelio FABRO - Salvatore GAROFALO - Maria Adelaide RASCHINI, *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 1992, pp. 22-155; Kurt KOCH, “Kontemplativ mitten in der Welt. Die Wiederentdeckung des Taufepriestertums beim seligen Josemaría Escrivá”, en César ORTIZ (Hrsg.), *Josemaría Escrivá. Profile einer Gründergestalt*, Köln, Adamas, 2002, pp. 311-327; Janne Haaland MATLÁRY, “Work, a Path to Holiness”, en GVQ, I, pp. 155-170; George PELL, “Blessed Josemaría Escrivá’s Christocentrism”, en GVQ, I, pp. 141-153; Álvaro DEL PORTILLO, “Presentación”, en S, pp. 15-24; Id., “Presentación”, en F, pp. 15-25; Pedro RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Pamplona, EUNSA, 1986.

Lluís CLAVELL

VIDA ORDINARIA, SANTIFICACIÓN DE LA

1. La “vida ordinaria”: punto de referencia del espíritu del Opus Dei. 2. La vida ordinaria en la historia de la espiritualidad y de la cultura. 3. La grandeza cristiana de la vida ordinaria: dimensiones subjetiva y objetiva. 4. La transmisión del mensaje: algunas expresiones y metáforas utilizadas por san Josemaría. 5. En la coyuntura actual contemporánea.

La “vida cotidiana” constituye uno de los grandes descubrimientos de las cien-

cias sociales del siglo XX. En efecto, frente a la tentación de exaltar nuestra existencia desde la razón científica o en términos del super-hombre, algunas corrientes filosóficas se centraron precisamente en una revalorización de la existencia ordinaria, para descubrir lo específicamente “humano” en las tareas aparentemente irrelevantes. Aunque desde presupuestos muy diversos, el mensaje de san Josemaría emplaza al cristiano a descubrir un “algo divino” en su existencia cotidiana, ya que, como gustó recordar en muchas ocasiones, la misión del cristiano en el mundo consiste en “santificar la vida ordinaria, santificarse en la vida ordinaria y santificar a los demás con la vida ordinaria”.

1. La “vida ordinaria”: punto de referencia del espíritu del Opus Dei

San Josemaría hace uso explícito de la expresión “vida ordinaria” o de su equivalente “vida cotidiana” desde el principio del Opus Dei. Entre los abundantes textos en este sentido, aunque de fecha más tardía, está la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, pronunciada en Pamplona el 8 de octubre de 1967 (cfr. CONV, 113-123), que constituye una referencia obligatoria para encuadrar este tema en el conjunto de sus enseñanzas. En los escritos de años anteriores (aunque no faltan enunciados parecidos como, por ejemplo, “vida heroicamente vulgar”: C, 205), la expresión “vida ordinaria” no aparece de modo explícito, o al menos no es frecuente, si bien la afirmación del valor de la “vida cotidiana” –es decir, el papel que representa como ámbito, eje y materia del proceso de santificación– se encuentra, y con amplitud, desde muy antiguo. No podía ser de otro modo, pues se trataba –y se trata– de hacer llegar a todos los hombres y mujeres, procedentes de las más variadas condiciones y ocupados en las más diversas tareas, el mensaje de que, ahí donde se encuentran, en el contexto de su existencia diaria, están llamados a unirse a Dios

y, desde ahí, a realizar la misión redentora confiada por Cristo a la Iglesia.

Se podrían citar, a modo de ejemplo, dos puntos de *Camino*, u otros análogos, porque se trata de una idea que atraviesa toda esta obra: “¿Quieres de verdad ser santo? –Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces” (C, 815). “Naturalidad. –Que vuestra vida de caballeros cristianos, de mujeres cristianas –vuestra sal y vuestra luz– fluya espontáneamente, sin rarezas, ni ñoñerías: llevad siempre con vosotros nuestro espíritu de sencillez” (C, 379). O el testimonio de san Josemaría en una de sus escasas entrevistas: “desde 1928 mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados, que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra” (CONV, 34). Porque la santidad no es nunca “cosa mediocre”. La vida santa del cristiano “es el heroísmo de la perseverancia en lo corriente, en lo de todos los días” (*Carta 24-III-1930*, n. 19: ILLANES, “La vida ordinaria entre la irrelevancia y el heroísmo”, en GVQ, IV, p. 36).

2. La vida ordinaria en la historia de la espiritualidad y de la cultura

Los Evangelios contienen diversas referencias a la vida sencilla y ordinaria de Jesús, María y José en el hogar y en el taller de Nazaret; no son muchas, pero resultan fundamentales, pues muestran que Jesús, el Hijo de Dios, al hacerse hombre hizo suyo el vivir ordinario de hombres y mujeres. También nos hablan de las tareas ordinarias de varios personajes evangélicos, como los apóstoles dedicados a faenas de pesca o las mujeres que acompañaban al Señor y le servían. En frase tan audaz como verdadera, san Pablo señala que “ya no hay diferencia entre judío ni griego; ni entre esclavo y libre; ni entre hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús” (Ga 3, 28).

Los textos referentes a las primeras generaciones cristianas documentan esta realidad sociológica. De modo particular-

mente gráfico lo hacen dos escritos que tanto san Josemaría como su primer sucesor Álvaro del Portillo gustaban de citar. El primero es la conocida *Carta a Diogreto*, en la que se declara que los cristianos “no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás” (cap. 5-6; FUNK 1, pp. 317-321; DEL PORTILLO, 1999, pp. 37-40, 45-48). Y el segundo es otra carta, esta vez de san Jerónimo, que subraya el valor de lo pequeño: “También en lo diminuto se muestra la grandeza de alma. Al Creador no le admiramos sólo en el cielo y en la tierra, en el sol y en el océano, en los elefantes, camellos, bueyes, caballos, leopardos, osos y leones; sino también en los animales minúsculos, como la hormiga, mosquitos, moscas, gusanillos y demás animales de este jaez, que distinguimos mejor por sus cuerpos que por sus nombres: tanto en los grandes como en los pequeños admiramos la misma maestría. Así, el alma que se da a Dios pone en las cosas menores el mismo fervor que en las mayores” (*Epistulae*, 60, 12 [PL 22, 595]; AD, 8).

Un testimonio de especial valor lo constituyen los numerosos sermones y homilias de la época patrística dirigidos al pueblo cristiano en general. Al proclamar el ideal evangélico a todos sin excepción, dan por supuesto que puede y debe vivirse en las condiciones propias de la vida ordinaria. Ciertamente no faltan autores en los que el elogio de la vida monástica o contemplativa desemboca en una visión algo peyorativa de la vida secular o activa, pero el dato básico antes señalado permanece.

En la Edad Media, por influjo de san Bernardo y, sobre todo, de san Francisco de Asís, la consideración de la vida de Cristo en Belén y en Nazaret conoció un gran auge. En ocasiones el acento se puso en la pobreza, pero encontramos también una referencia a la vida cotidiana y a su

valor; punto que se mantendrá e incluso se acentuará en la poesía y la pintura del Barroco, con frecuentes alusiones, entre realistas y simbólicas, a la vida cotidiana de la Sagrada Familia. De otra parte, durante la Edad Media se instauró un orden social centrado en los oficios, al que siguió la aparición de corporaciones bajo la protección de un santo patrón. La importancia del hecho queda aún más patente si consideramos que los trabajos manuales ya no eran realizados por esclavos, sino por personas libres que manifiestan una unión entre el ámbito secular y la fe cristiana con repercusiones importantes en la cultura de la época.

Autores como Taulero advirtieron las implicaciones teológicas de esta realidad, pero sin desarrollarlas. Lutero, con su crítica a la vida monástica, dirigió de modo más explícito la atención hacia una afirmación del mundo y de las profesiones, como lugar donde el cristiano es redimido directamente por Dios, sin mediación de la Iglesia ni necesidad de sus ministros. En esta crítica a los votos monásticos, Charles Taylor ve un rechazo del ideal heroico griego, continuado a su juicio por el monaquismo (TAYLOR, 1996, p. 227); mientras que Martin Rhonheimer señala que esta inclinación protestante hacia el mundo y la vida ordinaria “no responde a una auténtica afirmación del mundo, ni en su forma luterana ni en su forma puritano-calvinista. El amor al mundo no existe porque no se afirma su bondad radical como creado por Dios” (RHONHEIMER, 2006, p. 67).

Como se dijo al inicio, en el siglo XX encontramos una gran tematización de la vida cotidiana (para una exposición bastante exhaustiva, cfr. DONATI, 2002, pp. 225-234), debida a diversos factores, entre ellos el proceso de secularización típico de la modernidad. Por un lado, gran parte de estos estudios se encuadran en una perspectiva muy diversa de la que aquí nos ocupa, ya que afrontan la vida cotidiana desde la historia, la sociología o la econo-

mía. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XX, el quehacer teológico empieza a ocuparse de estas realidades terrenas, relacionadas con aspectos profundamente humanos como el trabajo y la familia, especialmente a partir del Concilio Vaticano II y de sus Constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*.

En el campo de la historia de la espiritualidad y limitándonos a autores modernos que conoció san Josemaría, cabe destacar tres: san Francisco de Sales, que en su *Introducción a la vida devota* proclama la llamada a la santidad en todos los estados de vida; y Alonso Rodríguez y santa Teresa de Lisieux, quienes, con acentos diversos, se refieren al valor de los pequeños detalles de la vida cotidiana.

San Josemaría no sólo conoció sino que frecuentó los textos de esos tres autores, hasta el punto de que se encuentran en algunas de sus obras ecos de Alonso Rodríguez y de santa Teresa de Lisieux. Pero hay una diferencia que no se puede desdeñar: mientras ellos tratan de las cosas pequeñas de un modo más bien general, san Josemaría las pone en relación con la existencia cristiana secular (cfr. ILLANES, 2003, pp. 25-30). Para él, hablar de cosas pequeñas o de vida ordinaria, implica a la vez e inseparablemente hablar de santificación en medio del mundo, porque son estas incidencias las que jalonan el existir de todo cristiano corriente y por tanto han de constituirse en materia y eje de la búsqueda de la santidad. El mensaje sobre la santificación de la vida ordinaria, tal y como lo formula san Josemaría, presupone, en suma, la dimensión positiva del mundo y, desde otra perspectiva, la conexión entre vocación humana y vocación divina.

3. La grandeza cristiana de la vida ordinaria: dimensiones subjetiva y objetiva

En el mensaje de san Josemaría, lo cotidiano no tiene en absoluto un carácter negativo, secundario o poco relevante. Supera además la dicotomía entre vida con-

templativa y vida activa, y, en otro plano, rechaza la tentación contemporánea del super-hombre de Nietzsche que desprecia lo ordinario como “humano, demasiado humano”. La riqueza de su mensaje debe buscarse en una concepción más amplia y no por eso menos exigente de la llamada a la santidad: “Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana” (ECP, 148).

El fundamento de esta afirmación es de clara índole cristológica: los treinta años de vida oculta de Jesús. “Debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo” (ECP, 14). Del mismo modo que Jesús en el hogar y taller de Nazaret, o los Apóstoles en sus faenas de pesca, o los primeros cristianos cuando abrazaban la nueva fe y continuaban en sus tareas como vendedores de púrpura (cfr. Hch 16, 11-15) o fabricantes de tiendas (cfr. Hch 18, 2-3), hoy en día los cristianos deben tomar ocasión del mundo para encontrar a Dios.

En este aprecio por el mundo como camino de santidad, san Josemaría hubo de superar consideraciones teológicas que interpretaban el texto de 1 Jn 2, 16 (“todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida”) como referido no al mundo marcado por el pecado, sino al mundo en cuanto tal, viéndolo como fuen-

te de pecado y de tentación; y unían a esa exégesis una minusvaloración de la condición laical en comparación con la religiosa. San Josemaría rechazó esa exégesis evitando a la vez todo menosprecio del estado religioso: “Lo mismo que a otras almas, con vocación diversa, les facilita la contemplación el abandono del mundo –el *contemptus mundi*– y el silencio de la celda o del desierto, a nosotros, hijos míos, el Señor nos pide sólo el silencio interior –acallar las voces del egoísmo del hombre viejo–, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros” (*Carta 11-III-1940*, n. 15: ILLANES, 2001, p. 123).

Desde esta afirmación del mundo como lugar de encuentro con Dios del cristiano, se pueden distinguir dos dimensiones: santificación en sentido subjetivo (el cristiano y más concretamente el laico como sujeto que se santifica) y santificación en sentido objetivo (el mundo humano con todos los trabajos y circunstancias ordinarias). Obviamente, la distinción es sólo metodológica. Ha de quedar claro que, en la vida real del cristiano, se encuentran totalmente compenetradas.

a) *Santificación del cristiano: dimensión subjetiva*. Este apartado se dirige a responder la siguiente pregunta: ¿quién está llamado a santificar lo cotidiano?

Quien busca la santidad en la vida ordinaria es, en primer lugar, un ser humano que no se define exclusivamente por su racionalidad. Es más, sería una falsa sublimación –un espiritualismo que expresaría una visión deformada del Cristianismo (cfr. CONV, 113)– prescindir de “algo tan material como mi cuerpo [que] ha sido elegido por el Espíritu Santo para establecer su morada” (CONV, 121). San Josemaría gusta por eso recordar que los santos han sido seres normales “de carne, como la tuya” (C, 133), con debilidades y tentaciones (cfr. AD, 20, 210; ECP, 148); y, con expresión fuerte, se refiere al amor entre un hombre y una

mujer, como algo no simplemente “tolerado, junto a las verdaderas actividades del espíritu” (CONV, 121), sino como lugar privilegiado para que los llamados por Dios al matrimonio descubran también en el amor conyugal un “algo divino” (CONV, 121).

Además, ese hombre, esa mujer, de carne y hueso, por su capacidad libre y por su ser personal, entra en relación con otros hombres y mujeres, forma parte de la sociedad y, dentro de ella, cumple distintos roles, asume diversas responsabilidades, se ocupa de variadas tareas. Es miembro de una familia –padre, madre, hijo, etc.–, desempeña un trabajo profesional, procura ser ciudadano responsable, elige ser miembro de asociaciones de diversa índole, según sus aficiones o necesidades. Y de este modo, “metidos en el torrente circulatorio de la sociedad” (AD, 120), “en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo”, ese hombre o esa mujer es capaz de descubrir que “hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes” (CONV, 114).

Obviamente, ese descubrimiento no puede prescindir de una vida de fe; es más, la exige y toma así conciencia de la dignidad de la vocación cristiana: “La llamada de Dios, el carácter bautismal y la gracia, hacen que cada cristiano pueda y deba encarnar plenamente la fe. En cada cristiano se puede hacer realidad ese *alter Christus, ipse Christus*” (CONV, 21). Por tanto, quien está llamado a ser santo en medio de las actividades cotidianas, no debe separar su actuación en distintos compartimentos estancos, dejando a un lado la fe cuando se dedica a lo temporal. Esto, para san Josemaría, sería caer en el peligro de una doble vida que no duda en calificar de esquizofrenia (cfr. CONV, 114). Por el contrario, la función del laico dentro de la Iglesia o su misión, como también recordaría el Vaticano II, se concreta en ele-

var a Dios aquellas realidades temporales, mundanas y ordinarias, que no son ciertamente pocas y que además escapan de la misión de quienes se encuentran consagrados a Dios y apartados del mundo (cfr. LG, 32, 44).

San Josemaría convoca a los fieles del Opus Dei a asumir por vocación la llamada a santificar lo ordinario. En concreto, “el estar al día, el comprender el mundo moderno, es algo natural e instintivo, porque son ellos –junto con los demás ciudadanos, iguales a ellos– los que hacen nacer ese mundo y le dan su modernidad” (CONV, 26). Por eso, los cristianos deben buscar la solución a los problemas temporales frecuentes en su trabajo y en su vida cotidiana, interpelando a la propia conciencia bien formada, para que, “inmersos en las realidades seculares, respetando su propia autonomía, pero tratándolas con espíritu y amor de almas contemplativas” (CONV, 22), ofrezcan soluciones concretas de actuación, con plena responsabilidad y sin miedo a la pluralidad.

b) Santificación de la vida ordinaria: dimensión objetiva.

Este apartado responde a la pregunta: ¿en qué consiste lo cotidiano cuya santificación se busca?

En el mensaje de san Josemaría, la vida ordinaria se encuentra en estrecha relación con el trabajo profesional, pero también con la vida familiar y social, en la que se inserta la existencia de toda persona.

Un primer acercamiento nos revela que san Josemaría presenta la vida ordinaria en los siguientes términos definitorios: no sólo el templo como espacio sagrado, sino también la vida ordinaria es “verdadero lugar de la existencia secular cristiana” (CONV, 113). Y añade: “Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más

materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres” (CONV, 113).

Por tanto, el cristiano debe amar tan apasionadamente al mundo y adjudicarle un sentido positivo a la materia y a las tareas seculares (cfr. CONV, 114), que llegue a “hablar de un materialismo cristiano” (CONV, 115). En efecto, “si el mundo ha salido de las manos de Dios, si Él ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe –aunque sea con un duro trabajo– desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas” (ECP, 10).

Este mundo cotidiano no sólo representa el lugar de la existencia secular cristiana según coordenadas espaciales, sino también según coordenadas temporales: aquí tiene acogida lo fortuito que, tal vez hoy más que nunca, ocupa gran parte de la vida humana. Circunstancias familiares, sociales, laborales e incluso económicas y políticas aparecen de modo imprevisible y se imponen con una realidad propia. Nos encontramos tan inmersos en lo temporal, que el riesgo es “imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!” (AD, 313). Por eso, san Josemaría añade: “cuando reconocemos las pequeñeces y la contingencia de las iniciativas terrenas, ese trabajo se abre a la auténtica esperanza, que eleva todo el humano quehacer y lo convierte en lugar de encuentro con Dios. Se ilumina así esa tarea con una luz perenne, que aleja las tinieblas de las desilusiones” (AD, 208).

Con estas coordenadas, san Josemaría desarrolla una ascética específica alrededor de un tema ya mencionado: las cosas pequeñas. Anima al cristiano a tenerlas siempre en mucho (cfr. C, 826), a no desdenarlas (cfr. C, 819) ni despreciarlas (cfr. C, 816), a hacerlas por amor para que se conviertan en grandes (cfr. C, 813). Es decir, el cristiano que busca la santificación

en lo ordinario, ha de emprender cualquier encargo o actividad, acabando bien y hasta el final su tarea, colocando “las últimas piedras” (cfr. AD, 55, 66) y ofreciendo a Dios este trabajo tal y como Abel presentaba a Dios los frutos sin tacha de su cosecha y los mejores ejemplares de su ganado (cfr. F, 43).

Los medios con los que cuenta el cristiano para hacer realidad esta santidad alrededor de lo cotidiano y más concretamente de las cosas pequeñas, serán, pues, el recurso a la oración y a la práctica de la mortificación, la lucha por adquirir virtudes humanas y sobrenaturales, la frecuencia de sacramentos, los medios de formación personal y colectiva, etc. Por esto, bien se puede afirmar que “alegrías, tristezas, esperanzas, sinsabores, éxitos, fracasos y hasta los detalles más pequeños de nuestra jornada” (AD, 245), constituyen esa materia de la lucha por ser santos, por agradar a nuestro Padre Dios. Y así, ante el peligro de quedarnos en un desprecio de la rutina propia de la vida cotidiana (cfr. AD, 150), san Josemaría propone la perseverancia del borrico de noria que con su trabajo repetitivo lleva agua a la tierra, sin la cual no hay frutos (cfr. C, 998); o para enfrentar las mil pequeñas contrariedades de la jornada (cfr. AD, 138), nos recuerda el heroísmo de las madres que no regatean su esfuerzo en días llenos de imprevistos (cfr. AD, 134).

4. La transmisión del mensaje: algunas expresiones y metáforas utilizadas por san Josemaría

San Josemaría no ignora que toda esta doctrina se enfrenta con distintos peligros no sólo teóricos, sino de índole más práctica y existencial, concretamente el posible desaliento ante un ideal que puede aparecer, según los casos, o demasiado banal o imposible de alcanzar. Por eso, destaca su esfuerzo por hacer llegar de modos distintos y también mediante lo que él llama “la psicología del anuncio” este mensaje del valor de lo ordinario. Su

amplia labor sacerdotal junto con una riquísima cultura literaria y también histórica, contribuyeron a difundirlo “con don de lenguas” a sus interlocutores.

Aunque lógicamente la eficacia del mensaje se deba principalmente a razones de índole sobrenatural, sería injusto no prestar atención al empeño de san Josemaría para ejemplificarlo. Consciente de vivir entre personas que, en ocasiones, poseen una cultura que aprecia lo extraordinario o que, en otras, se quedan en la superficie de lo que acontece, se empeñó en acuñar expresiones y metáforas que ayudasen a resaltar que “lo extraordinario nuestro es lo ordinario: lo ordinario hecho con perfección” (*Carta 24-III-1930*, n. 12: ILLANES, “La vida ordinaria entre la irrelevancia y el heroísmo”, en *GVQ*, IV, p. 36). Gracias a esto nos dejó en herencia recursos literarios particularmente abundantes en variedad, con gran riqueza de lengua y muy pedagógicos en su intención.

Llaman especialmente la atención los copiosos epítetos que utiliza san Josemaría para calificar las circunstancias cotidianas. Se refiere, por ejemplo, a las “*honestas realidades diarias*”, “a las situaciones más *comunes*”, a la “vida familiar, profesional y social plena de *pequeñas realidades terrenas*”, a las “cosas más *visibles y materiales*”, a las “situaciones que parecen más *vulgares*” (CONV, 114), o también a lo “*prosaico*” e “*intrascendente*” y a “los acontecimientos más *menudos*” (AD, 285) (los subrayados son de la autora).

Entre las metáforas y otros recursos literarios de especial plasticidad, además de algunas ya mencionadas, como el borrico de noria, hay otras muchas. Ofrecemos un elenco que no pretende ser exhaustivo:

- La santidad en lo ordinario representa un reto para aquellas personas con planteamientos poco realistas sobre sus capacidades (por defecto o por exceso). El peligro es claro: aspiraciones que san Josemaría no duda en calificar de “mística ojalatera”, con un

juego de palabras que apunta tanto a las añoranzas infundadas (“ojalá”) como a las cosas de poco valor (de “hojalata”). Y teniendo en cuenta esto, escribe: “Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojalatera* –ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...–, y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor” (CONV, 116).

- Como ejemplo literario de esta actitud –en realidad, como un símbolo–, san Josemaría recurre a un conocido protagonista de la literatura francesa, Tartarín de Tarascón, de Alphonse Daudet: “Pensando en aquellos de vosotros que, a la vuelta de los años, todavía se dedican a soñar –con sueños vanos y pueriles, como Tartarín de Tarascón– en la caza de leones por los pasillos de su casa, allí donde si acaso no hay más que ratas y poco más; pensando en ellos, insisto, os recuerdo la grandeza de la andadura a lo divino en el cumplimiento fiel de las obligaciones habituales de la jornada, con esas luchas que llenan de gozo al Señor, y que sólo Él y cada uno de nosotros conocemos” (AD, 8).
- Una metáfora especialmente sonora es la que describe la vocación cristiana y la relevancia de lo cotidiano como la tarea de “hacer endecasílabos de la prosa de cada día” (CONV, 116), es decir, escribir versos de arte mayor –también llamada en ocasiones “poesía heroica”, por la temática que desarrolla–, a partir de un género de índole narrativa y, en ese sentido, considerado de valor literario menor.
- Terminemos con otra que alude a la capacidad de convertir, con la vida de fe, lo más prosaico en algo de valor trascendente. En más de una de sus

homilías, san Josemaría hace referencia a un conocido personaje de la mitología: “¡Podéis transformar en divino todo lo humano, como el rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba!” (AD, 221). En efecto, se trata de una ficción de alcance universal que refleja la capacidad de transformar el mundo en aquello que llena el corazón del hombre: en el caso del rey Midas, la avaricia de poseer oro; en el del cristiano, la ambición de santificar el mundo y lo cotidiano.

5. En la coyuntura actual contemporánea

Hoy en día resulta imposible ignorar la multitud de sucesos fortuitos e imprevisibles que conforman la vida de cualquier hombre y mujer en medio del mundo. Nuestro cosmos presenta un margen amplio de indeterminación. La cultura, entendida como fruto del libre obrar del ser humano, está ocupando este lugar y se presenta con una autonomía propia, fruto del proceso de secularización que define la modernidad. Por eso, en su percepción de lo social, el hombre y la mujer contemporáneos difieren cada vez más de la visión clásica que entendía la *polis* como una realidad natural, sujeta a procesos de generación y corrupción; y de la visión medieval, en la que el teocentrismo no lograba separar lo que era de Dios de lo que era del César.

En este marco conceptual, las enseñanzas de san Josemaría sobre la libertad en lo temporal y el pluralismo cobran especial relieve a la hora de configurar la cultura. Puede que estemos en un mundo en el que no hay soluciones uniformes; es más: estamos ya en el ámbito de lo práctico, en donde lo concreto y lo fortuito tienen su lugar propio y pueden ser determinantes a la hora de tomar decisiones. En ese contexto, san Josemaría recuerda que el cristiano no puede olvidar que “cada uno (...) obra con completa libertad personal y formándose autónomamente su propia conciencia”.

cia (...). Naturalmente, al tomar cada uno autónomamente esas decisiones en su vida secular, en las realidades temporales en las que se mueva, se dan con frecuencia opciones, criterios y actuaciones diversas: se da, en una palabra (...), ese justo y necesario pluralismo, que es una característica esencial del buen espíritu del Opus Dei, y que a mí me ha parecido siempre la única manera recta y ordenada de concebir el apostolado de los laicos” (CONV, 19).

El protagonismo que san Josemaría concede a la libertad personal del cristiano se sitúa en continuidad con esa visión de las ciencias sociales que, como decíamos al inicio, descubren “ese algo humano” en la cotidianidad y realzan la autonomía de lo secular. Pero la aportación de san Josemaría corrige una desviación de este planteamiento, la que afirma la autonomía de lo temporal entendida como algo absoluto, y niega la condición creatural de las actividades humanas. Su mensaje invita a que los cristianos, al descubrir lo específicamente humano, descubran también que todo lo humano tiene su origen en Dios quien, al crear el mundo bueno y dejarlo en manos del hombre y de la mujer, les concede también la posibilidad de descubrir un “algo santo, divino”, que está en la misma realidad cotidiana y material: “Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios” (CONV, 116). No se trata de un añadido que se “pone” a lo ordinario, sino del descubrimiento, con la ayuda de la fe, de una condición previa de lo temporal: afirmar su autonomía relativa, es decir, reconocer a Dios Creador, y responsabilizarse de llevar a término lo temporal no sólo desde un punto de vista humano, desarrollándolo con perfección, sino también desde un punto de vista sobrenatural: santificándolo. Toca al cristiano corriente llamado por Dios la misión de “devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino

de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo” (CONV, 114).

Por eso, como afirmaba el entonces cardenal Ratzinger, en 1992, en la homilía que pronunció en la misa de acción de gracias después de la beatificación de Escrivá de Balaguer: “Josemaría Escrivá sacudió de la gente esta apatía espiritual: no, la santidad no es algo insólito, sino una realidad habitual y normal para todos los bautizados. No consiste en gestas de un impreciso e inalcanzable heroísmo, sino que tiene mil formas y puede hacerse realidad en cualquier estado y condición. Es la normalidad. Consiste en esto: en vivir la vida cotidiana con la mirada puesta en Dios y moldearla con el espíritu de la fe” (CAPUCCI, 2009, p. 110). En efecto –y para acabar con otra bellísima imagen utilizada por san Josemaría en la homilía del Campus de la Universidad de Navarra y directamente relacionada con nuestro tema–, es “en la línea del horizonte, hijos míos, [donde] parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria” (CONV, 116). No sin razón, Juan Pablo II, en la santa Misa que celebró el 6 de octubre de 2002 y en la que canonizó al fundador del Opus Dei, pudo definirlo en frase tan breve cuanto rica en contenido, como el “santo de la vida ordinaria” (AAS, 1995, p. 745).

Voces relacionadas: Contemplativos en medio del mundo; Cosas pequeñas; Fieles cristianos; Libertad en las cuestiones temporales; Santidad; Secularidad; Trabajo, Santificación del.

Bibliografía: AD, 1-22, 294-316; CONV, 113-123; Pierpaolo DONATI, “Senso e valore della vita quotidiana”, en GVQ, I, pp. 221-263; Alfredo GARCÍA SUÁREZ, *Eclesiología, catequesis, espiritualidad*, Pamplona, EUNSA, 1998; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Palabra, Madrid, 2001¹⁰ rev. y act.; Id., “Obra escrita y predicación de San Josemaría Escrivá de Balaguer”, SetD, 3

(2009), pp. 203-276; *Ib.*, “Contemplación y acción cristiana en el mundo”, en José Luis ILLANES *et al.*, *El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá (1902-2002)*. XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona, EUNSA, 2003, pp. 391-418; *Ib.*, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007²; Fernando OCÁRIZ, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, EUNSA, 2001²; Álvaro DEL PORTILLO, “Sal, luz y fermento. La tarea de los laicos en la misión de la Iglesia”, *Mundo Cristiano*, 450 (1999), pp. 37-40, 45-48; Joseph RATZINGER, “Homilía en la Misa de acción de gracias. Roma, 19-V-92”, en Flavio CAPUCCI, *Josemaría Escrivá, santo. El itinerario de la causa de canonización*, Madrid, Rialp, 2009; Martin RHONHEIMER, *Transformación del mundo. La actualidad del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2006; Pedro RODRÍGUEZ, “Una vida santa en medio de la realidad secular. La homilía de San Josemaría en el Campus de la Universidad de Navarra. Sentido y mensaje”, en *Amar al mundo apasionadamente*, Madrid, Rialp, 2007, pp. 36-75; Charles TAYLOR, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Madrid, Paidós, 1996.

María Pía CHIRINOS MONTALBETTI

VILLA DELLE ROSE

Villa delle Rose designa un conjunto de dos casas sito en Castel Gandolfo, cerca de Roma, actualmente destinadas para actividades de formación de fieles de la Prelatura (cursos de retiro espiritual, jornadas de estudio, cursos de teología, etc.).

En los últimos meses de 1947 o en los primeros de 1948, los médicos prescribieron a san Josemaría que hiciera ejercicio. Entonces, algunos días, después de una jornada intensa de trabajo, don Álvaro del Portillo y el fundador del Opus Dei se dirigían a Castel Gandolfo, para pasear contemplando el lago Albano. En esos años, era posible llegar allí en pocos minutos con el coche. Caminando por la carretera que lleva de Castel Gandolfo a Marino se fijaron en la casa donde vivía la condesa Campello, de la que tenían referencias a

través de Mons. Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid. Pensaron que vendría muy bien tener una casa así para las actividades de formación y descanso de los fieles de la Obra y comenzaron a rezar para que ésa pudiera utilizarse con este fin.

Giustina Guala, viuda de Campello, había recibido en uso perpetuo unos terrenos de la Santa Sede, muy cercanos al palacio pontificio, para que construyera ahí una casa que sirviera de sede a la obra catequística que había fundado en 1922. De acuerdo con los fines de esa fundación, don Álvaro del Portillo y otros sacerdotes del Opus Dei predicaron allí varias tandas de ejercicios espirituales. En 1949, la anciana condesa quiso ceder sus derechos sobre esos terrenos al Opus Dei, lo que Pío XII concedió el 29 de julio de 1949. Diez años más tarde, Juan XXIII otorgó esos terrenos en propiedad (19-VI-1959). La casa se usó, en ese periodo, para diversas actividades de formación, principalmente cursos de retiro y cursos de formación en el verano.

En 1959, el fundador del Opus Dei decidió que la sede del Colegio Romano de Santa María –que había comenzado en 1953 y que ocupaba hasta entonces parte de los edificios de via di Villa Sacchetti, en Villa Tevere, sede central del Opus Dei– fuera Villa delle Rose. Se estudió cómo acondicionar la casa. Debido al deterioro de los dos edificios se procedió a su demolición y se rehicieron de nueva planta, conservando el estilo que tenían. Las obras comenzaron en abril de 1960 y duraron tres años. San Josemaría siguió de cerca el proyecto y su realización, así como la decoración. Impulsó también la consecución de fondos para poder financiar la construcción, que se llevó a cabo con esfuerzo de personas de todo el mundo. Entre los objetos de la casa, está un cuadro de la Virgen, copia de un óleo de Carlo Dolci, que pertenecía a la madre de san Josemaría y que ella llamaba la “Virgen del Niño peinado”; y otros muebles que usaba Carmen Escrivá de Balaguer y que dejó su hermano Santiago cuando se tras-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.